

LA NOVELA QUE INSPIRÓ
LA GRAN PRODUCCIÓN DE
TWENTIETH CENTURY FOX



EL HOGAR DE
MISS PEREGRINE
PARA
NIÑOS PECULIARES

— RANSOM RIGGS —

CROSS
BOOKS

Ransom Riggs

EL HOGAR DE
MISS PEREGRINE
===== PARA =====
NIÑOS PECULIARES

Traducción de Gemma Gallart



Crossbooks
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Miss Peregrine's Home for Peculiar Children*
© del texto: Ransom Riggs, 2011
© de la traducción: Gemma Gallart, 2012

© Editorial Planeta S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2012
Primera edición en este sello: junio de 2016
ISBN: 978-84-08-15803-5
Depósito legal: B. 10.719-2016
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

UNO

Pasé la última tarde del Antes construyendo una reproducción a escala 1/10.000 del Empire State Building con cajas de pañales para adultos. Era una auténtica belleza; la base medía metro y medio y se alzaba imponente por encima del pasillo de los cosméticos, el tamaño gigante para los cimientos, los normales para la terraza panorámica y las cajas de prueba apiladas con meticulosidad para conseguir la icónica aguja. Era casi perfecto, salvo por un detalle crucial.

—Usaste «Siempre Seco» —dijo Shelley, observando mi obra con una expresión escéptica—. Las cajas en liquidación son las de «Siempre Fijo». —Shelley era la encargada de la tienda, y sus hombros hundidos y su expresión adusta formaban parte de su uniforme, tanto como los polos azules que todos teníamos que llevar.

—Pero tú dijiste «Siempre Seco» —me quejé, porque eso había dicho.

—«Siempre Fijo» —insistió ella, sacudiendo la cabeza con pesar, como si mi torre fuera un caballo de carreras lisiado y ella la portadora de la pistola con las cachas de nácar.

Hubo un breve pero incómodo silencio durante el cual ella siguió sacudiendo la cabeza y pasando los ojos de mí a la torre y de

vuelta a mí. La contemplé con mirada inexpresiva, como si no consiguiera captar lo que quería decir con su actitud pasivoagresiva.

—¡Ahhhhhhh! —dije por fin—. ¿Te refieres a que quieres que vuelva a hacerlo?

—Lo que sucede es que usaste «Siempre Seco» —repitió.

—No pasa nada. Ahora lo arreglo.

Con la punta de mi zapatilla de deporte de color negro di un golpecito a una de las cajas de los cimientos. En un instante la espléndida construcción se derrumbó en cascada a nuestro alrededor, cubriendo el suelo como un enorme maremoto de pañales; las cajas hicieron carambola contra las piernas de unos sobresaltados clientes y rodaron hasta la puerta automática, que se abrió, dejando entrar el sofocante calor de agosto.

El rostro de Shelley adquirió el tono de una granada madura. Debería haberme despedido en aquel mismo instante, pero yo sabía que jamás tendría esa suerte. Había estado intentando que me despidieran de Smart Aid todo el verano, y había resultado poco menos que imposible. Llegaba tarde, repetidamente y con las excusas más rocambolescas; me equivocaba al devolver el cambio; incluso colocaba mal las cosas en las estanterías a propósito, mezclando lociones con laxantes y anticonceptivos con champús para bebés. Pocas veces me había esforzado tanto en algo, y sin embargo no importaba lo incompetente que fingiera ser, Shelley me mantenía tozudamente en la plantilla.

Deja que matice mi anterior declaración: Era poco menos que imposible que me despidieran de Smart Aid. Cualquier otro empleado habría salido por la puerta a la primera de cambio por cualquier infracción menor. Fue mi primera lección sobre política. Hay tres Smart Aid en Englewood, la pequeña y aburrida ciudad

costera donde vivo, veintisiete en el condado de Sarasota y ciento quince en toda Florida, extendiéndose por todo el estado como un sarpullido sin cura. La razón por la que no me podían despedir era que mis tíos eran los propietarios de todos ellos. Y la razón por la que yo no podía marcharme era que trabajar en Smart Aid, antes de incorporarte a tu vida laboral, había sido desde hacía mucho tiempo una sacrosanta tradición familiar. Todo lo que había conseguido con mi campaña de autosabotaje era una contienda perpetua con Shelley y el resentimiento profundo y perdurable de mis compañeros de trabajo; quienes, reconozcámoslo, iban a sentirse molestos conmigo de todos modos, porque por muchos expositores que tirara o por muy mal que devolviera el cambio, un día yo iba a heredar una buena tajada de la compañía, y ellos no.

Vadeando entre pañales, Shelley presionó el dedo contra mi pecho y estaba a punto de decir algo desagradable cuando el sistema de megafonía la interrumpió:

—Jacob, tienes una llamada en la línea dos. Jacob, línea dos.

Me fulminó con la mirada mientras yo retrocedía, dejando su rostro colorado como una granada entre las ruinas de mi torre.

La sala de descanso para los empleados era una habitación sin ventanas que olía a humedad donde encontré a la dependienta de la farmacia, Linda, mordisqueando un emparedado sin corteza bajo el vívido resplandor de la máquina de refrescos. Indicó con la cabeza un teléfono atornillado a la pared.

—La línea dos es para ti. Quiquiera que sea está fuera de sí.

Levanté el oscilante auricular

—¿Yakob? ¿Eres tú?

—Hola, abuelo Portman.

—Yakob, gracias a Dios. Necesito mi llave. ¿Dónde está mi llave? —Sonaba alterado, sin aliento.

—¿Qué llave?

—No juegues conmigo —espetó—. Ya sabes a qué llave me refiero.

—Probablemente la habrás extraviado.

—Tu padre te obligó a hacerlo —dijo—. Sólo dímelo. No tiene que saberlo.

—Nadie me obligó a hacer nada. —Intenté cambiar de tema—. ¿Te tomaste las pastillas esta mañana?

—Vienen a por mí, ¿entiendes? No sé cómo me encontraron después de tantos años, pero lo hicieron. ¿Con qué se supone que debo enfrentarme a ellos, con el maldito cuchillo de la mantequilla?

No era la primera vez que le oía hablar así. Mi abuelo se hacía viejo y, francamente, empezaba a perder el juicio; las señales de su deterioro mental habían sido imperceptibles al principio, como olvidar comprar los comestibles o llamar a mi madre con el nombre de mi tía. Pero a lo largo del verano su progresiva demencia había adquirido un giro cruel. Las historias fantásticas que había inventado sobre su vida durante la guerra —los monstruos, la isla encantada— se habían vuelto total y opresivamente reales para él. Había estado particularmente nervioso las últimas semanas, y mis padres, que temían que se convirtiera en un peligro para sí mismo, estaban considerando muy en serio la idea de ingresarlo en una residencia. Por alguna razón, yo era el único que recibía estas apocalípticas llamadas telefónicas suyas.

Como de costumbre, hice todo lo posible por tranquilizarle.

—Estás a salvo. Todo va bien. Traeré una cinta de vídeo para que la veamos más tarde, ¿qué te parece?

—¡No! ¡Quédate donde estás! ¡Este lugar no es seguro!

—Abuelo, los monstruos no vienen a buscarte. Los mataste a todos en la guerra, ¿recuerdas?

Me volví de cara a la pared, intentando ocultar parte de mi estrambótica conversación a Linda, quien me lanzaba curiosas ojeadas a la vez que fingía leer una revista de moda.

—No a todos —respondió él—. No, no, no. Maté a muchos, sin duda, pero siempre aparecen más. —Pude oírle andando por su casa haciendo ruido, abriendo cajones, cerrando cosas con violencia; estaba hecho una furia—. Tú mantente alejado, ¿me oyes? Estaré perfectamente... ¡se les corta la lengua y se les acuchillan los ojos, eso es todo lo que hay que hacer! ¡Si pudiera encontrar esa maldita LLAVE!

La llave en cuestión abría una taquilla enorme del garaje del abuelo. Dentro había un arsenal de armas y cuchillos en cantidad suficiente para armar a una pequeña milicia. Mi abuelo había pasado la mitad de su vida coleccionándolos, había asistido a ferias de armas fuera del estado, participado en largas cacerías y también había arrastrado a su renuente familia a polígonos de tiro durante soleados domingos para que todos aprendieran a disparar. Amaba tanto sus armas que a veces incluso dormía con ellas. Mi padre tenía una vieja instantánea que lo demostraba: el abuelo Portman echando un sueñecito pistola en mano.



—¡Uf! —dijo por fin—. Que tu padre se quede con la llave si es tan importante para él. ¡Que se quede con mi cadáver, también!

Puse fin a la conversación telefónica con toda la educación de que fui capaz y luego llamé a mi padre.

—El abuelo está perdiendo la chaveta —le dije.

—¿Se ha tomado sus pastillas hoy?

—No quiere decírmelo, pero me da la impresión de que no.

Oí suspirar a mi padre.

—¿Puedes pasarte por allí y asegurarte de que está bien? No puedo abandonar el trabajo justo ahora.

Mi padre trabajaba como voluntario a media jornada en el refugio para aves, donde ayudaba a rehabilitar garcetas blancas atropelladas y pelícanos que se habían tragado anzuelos. Era ornitólogo amateur y aspirante a escritor sobre temas de la naturaleza —con un montón de manuscritos inéditos como prueba—, empleos que sólo podían ser considerados como tales si por casualidad estabas casado con una mujer cuya familia era propietaria de ciento quince drugstores.

—¿No te han despedido todavía?! —gritó desde el otro extremo del aparcamiento.

—¡Chissst! —siseé, corriendo hacia él—. ¡No conocen mi plan!

Ricky me asestó un puñetazo en el hombro como para dar ánimos, pero que casi me parte el manguito rotador.

—No te preocupes, Edu Especial. Siempre hay un mañana.

Me llamaba Edu Especial porque yo asistía a unas cuantas clases para superdotados, clases que conformaban, estrictamente hablando, parte del currículo de educación especial de nuestra escuela, una sutil nomenclatura que Ricky encontraba infinitamente graciosa. En eso consistía nuestra amistad: partes iguales de irritación y cooperación. La parte de cooperación era un oficioso acuerdo de intercambio de inteligencia por músculos, mediante el cual yo le ayudaba a no suspender inglés y él evitaba que me mataran los sociópatas hinchados de esteroides que rondaban por los pasillos de nuestra escuela. El hecho de que mis padres se sintieran profundamente incómodos con él también le daba puntos extra. Era, supongo, mi mejor amigo, lo que es un modo menos patético de decir que era mi único amigo.

Ricky dio una patada a la portezuela del copiloto del Crown Vic, que era la única manera de abrirla, y subí al coche. El Vic era alucinante, una pieza digna de un museo de arte folk involuntario. Ricky lo compró en el vertedero municipal a cambio de un bote lleno de monedas de veinticinco centavos —o eso afirmaba él—, un pedigrí cuyo perfume ni siquiera el bosque de árboles ambientadores que había colgado del retrovisor podía disimular. Los asientos estaban reforzados con cinta adhesiva industrial para que los muelles rebeldes de la tapicería no se te metieran por el trasero. Lo mejor era el exterior, un oxidado paisaje lunar de agujeros

y abolladuras, resultado de un plan para obtener dinero extra para gasolina permitiendo que fiesteros borrachos aporrearan el coche con un palo de golf a un dólar el golpe. La única regla, que no se había hecho valer con demasiada rigurosidad, era que uno no podía apuntar a nada hecho de cristal.

El motor se puso en marcha con un traqueteo y una nube de humo azul. Mientras abandonábamos el aparcamiento y pasábamos ante hileras de pequeños centros comerciales en dirección a casa del abuelo Portman, empecé a inquietarme por lo que nos podíamos encontrar al llegar. Los peores casos incluían a mi abuelo corriendo desnudo por la calle, empuñando un rifle de caza, sacando espumarájos por la boca en el césped del jardín o acechando con un objeto puntiagudo en la mano. Cualquier escenario era posible, y que ésa fuera la primera vez que Ricky iba a ver a un hombre del que yo había hablado con veneración me ponía especialmente nervioso.

El cielo empezaba a adquirir el color de un moretón recién estrenado cuando entramos en la urbanización donde vivía el abuelo, un laberinto desconcertante de calles sin salida entrelazadas, conocido colectivamente como Circle Village. Paramos ante la caseta del guarda para darnos a conocer, pero el anciano de la cabina estaba roncando y la verja estaba abierta, como acostumbraba a ocurrir, así que nos limitamos a seguir nuestro camino. Mi teléfono lanzó un pitido con un mensaje de texto de mi padre preguntando cómo iban las cosas y, en el poco tiempo que necesité para responder, Ricky se las apañó para perdernos completamente del modo más pasmoso. Cuando dije que no tenía ni idea de dónde estábamos, lanzó una imprecación y efectuó una sucesión de chirriantes cambios de sentido, escupiendo arcos de jugo de tabaco por la ventanilla mientras yo escrutaba el vecindario en busca de un punto de referencia. No era fácil, ni siquiera para mí,

que había ido a visitar a mi abuelo innumerables veces desde niño, porque todas las casas eran idénticas: bajas y cuadradas con variaciones de poca importancia, adornadas con revestimientos exteriores de aluminio o madera oscura al estilo de los setenta, o bien revestidas con columnatas de yeso que resultaban delirantemente pretenciosas. Los rótulos de las calles, la mitad de los cuales habían quedado blancos y desconchados y con el texto ilegible por la exposición al sol, tampoco eran de gran ayuda. Los únicos puntos de referencia reales eran los estrafalarios y vistosos adornos de los jardines, en eso Circle Village era un auténtico museo al aire libre.

Finalmente, reconocí un buzón que sostenía en alto un mayordomo de metal que, a pesar de tener la espalda recta y una expresión altanera, parecía llorar lágrimas de óxido. Grité a Ricky que girara a la izquierda; los neumáticos del Vic chirriaron y me vi lanzado contra la puerta del copiloto. El impacto debió de desatascar algo en mi cerebro, porque de improviso las instrucciones regresaron en tropel a mi cabeza.

—¡A la derecha en la orgía de flamencos! ¡A la izquierda en el tejado de Papás Noel multiétnicos! ¡Recto por delante de los querubines meones!

Cuando dejamos atrás los querubines, Ricky aminoró a paso de tortuga y escrutó dubitativo la casa de mi abuelo. No estaba encendida la luz en ninguno de los porches, no brillaba ningún televisor tras las ventanas, no había ninguna limusina en un garaje abierto. Todos los vecinos habían huido al norte para escapar del extenuante calor del verano, dejando que los enanos de los patios se ahogaran en céspedes descuidados y asegurándose de que las persianas contra huracanes estaban bien cerradas, de modo que cada casa tenía el aspecto de un pequeño refugio antiaéreo de color pastel.

—La última a la izquierda —añadí.

Ricky dio un golpecito al acelerador y petardeamos calle abajo. Al llegar a la cuarta o quinta casa pasamos ante un anciano que regaba el césped. Era calvo como una bola de billar y llevaba un albornoz y zapatillas; la hierba le llegaba hasta los tobillos. La casa estaba oscura y los postigos cerrados. Volví la cabeza para observarlo y él pareció devolverme la mirada, aunque eso era imposible, comprendí con un leve sobresalto, porque sus ojos eran de un perfecto blanco lechoso. «Eso es extraño —pensé—, el abuelo Portman jamás mencionó que uno de sus vecinos fuera ciego.»

La calle terminaba ante una barrera de abetos falsos y Ricky efectuó un violento giro a la izquierda para coger el camino que llevaba hasta la casa de mi abuelo. Apagó el motor, salió y abrió mi puerta dándole una patada. Nuestros zapatos susurraron a través de la hierba seca hasta llegar al porche.

Llamé al timbre y esperé. Un perro ladró en alguna parte, un sonido solitario en la bochornosa tarde. Al no obtener respuesta, aporreé la puerta, pensando que a lo mejor el timbre había dejado de funcionar. Ricky asestó manotazos a los mosquitos que habían empezado a envolvernos.

—A lo mejor ha salido —aventuró Ricky, con una sonrisa burlesca—. Una cita con alguna nena.

—Ya puedes reírte —repliqué—. Tiene más posibilidades que nosotros cualquier noche de la semana. Este lugar está plagado de viudas deseables —bromeé, sólo para calmar los nervios, pues el silencio me inquietaba.

Recogí la llave escondida en los arbustos.

—Espera aquí.

—Y un cuerno. ¿Por qué?

—Porque mides un metro noventa y ocho, tienes el pelo verde y mi abuelo no te conoce, y tiene un arsenal en casa.

Ricky encogió los hombros y se introdujo otro taco de tabaco en la mejilla; luego fue a tumbarse en un sillón mientras yo hacía girar la llave en la puerta principal y entraba.

Incluso bajo la luz cada vez más tenue pude darme cuenta de que la casa estaba hecha un desastre; parecía como si la hubiesen saqueado unos ladrones. Habían vaciado estanterías y vitrinas, y las chucherías y los *Reader's Digest* con letra grande estaban desperdigados por el suelo. Los cojines del sofá y las sillas tirados en cualquier sitio. Las puertas de la nevera y del congelador estaban abiertas y su contenido se derretía en charcos pegajosos sobre el linóleo.

Se me cayó el alma a los pies. Finalmente, el abuelo Portman se había vuelto loco. Grité su nombre... pero no oí nada.

Fui de habitación en habitación, encendiendo luces y mirando en cualquier rincón donde un anciano paranoico pudiera ocultarse de los monstruos: detrás de los muebles, en el angosto espacio del altillo, bajo la mesa de trabajo del garaje. Incluso comprobé si estaba dentro de su armario de las armas, aunque por supuesto estaba cerrado con llave, con la manija llena de arañazos allí donde había intentado forzarla. Fuera, en el porche, en un armazón colgante, unos helechos muertos de sed oscilaban bajo la brisa. Me puse de rodillas sobre el suelo de hierba artificial y atisé bajo los bancos de ratán, temiendo lo que pudiera encontrar.

Vi un destello de luz procedente del patio trasero.

Crucé a todo correr la puerta mosquitera y encontré una linterna abandonada en la hierba; el haz de luz señalaba el bosque que bordeaba el patio de mi abuelo: una jungla enmarañada de palmitos y palmeras que discurría durante casi dos kilómetros entre Cir-

cle Village y la siguiente urbanización, Century Woods. Según las leyendas locales, el bosque estaba plagado de serpientes, mapaches y jabalíes. Cuando me imaginé a mi abuelo allí fuera, perdido y desvariando sin llevar otra cosa encima que su albornoz, un siniestro sentimiento me invadió. Casi cada semana aparecía una noticia sobre algún ciudadano de edad avanzada que había tropezado y caído en algún embalse pequeño y acababa devorado por caimanes. El peor de los casos posibles no era difícil de imaginar.

Llamé a gritos a Ricky y al cabo de un momento doblaba a toda velocidad la esquina de la casa. Al instante reparó en algo que yo no había visto: un largo desgarró de aspecto desagradable en la puerta mosquitera. Soltó un silbido quedo.

—Eso es un buen arañazo. Un jabalí podría haberlo hecho. O un lince tal vez. Deberías ver las zarpas que tienen esos bichos.

Unos salvajes ladridos se dejaron oír a poca distancia. Ambos dimos un respingo y luego intercambiamos una mirada nerviosa.

—O un perro —dije.

El sonido ocasionó una reacción en cadena por todo el vecindario y pronto llegaron ladridos de todas direcciones.

—Podría ser —repuso Ricky, asintiendo—. Tengo una pistola del 22 en el maletero. Tú espera aquí. —Y se alejó.

Los ladridos se fueron apagando y un coro de insectos nocturnos ocupó su lugar, monótonos y extraños. El sudor me corría por el rostro. Estaba oscuro, pero la brisa había cesado y de algún modo el aire parecía más caliente de lo que había sido en todo el día.

Recogí la linterna y caminé en dirección a los árboles. Mi abuelo estaba allí fuera en alguna parte, estaba seguro. Pero ¿dónde? Yo no era ningún rastreador, y tampoco lo era Ricky. Y sin embargo, algo pareció guiarme de todos modos —una aceleración en

el pecho; un susurro en el aire viscoso— y de repente ya no pude esperar ni un segundo más. Me metí entre los matorrales bajos como un sabueso olfateando un rastro invisible.

Es difícil correr en un bosque de Florida, donde cada metro cuadrado no ocupado por árboles está erizado de brotes de palmitos que te llegan hasta el muslo y redes de envolventes paederias foetidas, pero me las arreglé lo mejor que pude, gritando el nombre de mi abuelo y pasando la luz de la linterna por todas partes. Capté un destello blanco con el rabillo del ojo y fui derecho hacia él, pero al inspeccionar más de cerca resultó ser una pelota de fútbol deshinchada que había perdido hacía años.

Estaba a punto de darme por vencido y regresar en busca de Ricky, cuando avisté un pasillo estrecho de palmitos recién pisoteados no muy lejos. Me introduje en él y paseé la luz de la linterna a un lado y a otro; las hojas estaban salpicadas de algo oscuro. Se me secó la garganta. Armándome de valor, empecé a seguir el rastro. Cuanto más avanzaba, mayor era el nudo que sentía en el estómago, como si mi mente supiera lo que había más adelante e intentara advertirme. Y entonces el sendero de maleza aplastada se ensanchó, y le vi.

Mi abuelo yacía boca abajo en un lecho de plantas trepadoras, con las piernas despatarradas y un brazo torcido bajo él como si hubiera caído de una gran altura. Pensé que sin duda estaba muerto. Tenía la camiseta empapada de sangre, los pantalones desgarrados y le faltaba un zapato. Durante un largo rato me limité a mirarle fijamente, con el haz de luz de la linterna temblando sobre su cuerpo. Cuando pude volver a respirar pronuncié su nombre, pero no se movió.

Caí de rodillas y presioné la palma de la mano sobre su espalda.

La sangre que la empapaba estaba aún caliente. Pude percibir que respiraba de un modo muy superficial.

Le pasé los brazos por debajo y le hice girar sobre la espalda. Estaba vivo, pero muy débil; tenía los ojos vidriosos y el rostro hundido y blanco. Entonces vi los cortes a lo largo de su cintura y estuve a punto de desmayarme. Eran amplios y profundos y estaban sucios de tierra, y el suelo embarrado por la sangre. Intenté cubrir las heridas con los jirones de su camisa sin mirarlas.

Oí a Ricky que gritaba desde el patio trasero.

—¡ESTOY AQUÍ! —chillé, y tal vez debería haber añadido «pe-ligro» o «sangre», pero era incapaz de articular ninguna palabra más.

Lo único en lo que podía pensar era que los abuelos tenían que morir en camas, en lugares silenciosos donde zumbaban máquinas, no desplomados sobre el suelo empapado y apestoso, con hormigas pasándoles por encima y un abrecartas de latón aferrado en una mano temblorosa.

Un abrecartas. Eso era todo lo que había tenido para defenderse. Se lo quité y él abrió y cerró los dedos en vano en el aire, así que le cogí la mano y la sostuve. Mis dedos de uñas mordidas se entrelazaban con los suyos, pálidos y cubiertos de arañas de venas moradas.

—Tengo que moverte —le dije, deslizando un brazo bajo su espalda y el otro bajo sus piernas.

Empecé a levantarme, pero gimió y se quedó rígido, así que me detuve. No podía soportar la idea de hacerle daño. Tampoco podía dejarle allí, así que no se podía hacer otra cosa que esperar. Le sacudí con delicadeza la tierra suelta de los brazos, el rostro y los cabellos blancos, cada vez más ralos. Fue entonces cuando advertí que movía los labios.

Su voz era apenas audible, algo menos que un susurro. Me incliné sobre él y acerqué la oreja a sus labios. Farfullaba, perdiendo y recuperando la lucidez, pasando del inglés al polaco.

—No comprendo —musité.

Repetí su nombre hasta que sus ojos parecieron fijarse en mí y entonces inhaló con fuerza y dijo, en voz baja pero clara:

—Ve a la isla, Yakob. Esto no es seguro.

La vieja paranoia volvía. Le oprimí la mano y le aseguré que estábamos perfectamente, que él iba a estar perfectamente. Era la segunda vez que le mentía en un mismo día.

Le pregunté qué había sucedido, qué animal le había atacado, pero él no me escuchaba.

—Ve a la isla —repitió—. Estarás a salvo allí. Prométemelo.

—Lo haré. Te lo prometo.

¿Qué otra cosa podía decir?

—Pensaba que podría protegerte —añadió—. Debería habértelo contado hace mucho tiempo...

Me di cuenta de que se le escapaba la vida.

—¿Contarme qué? —pregunté, conteniendo las lágrimas.

—No hay tiempo —susurró.

Entonces alzó la cabeza del suelo, temblando por el esfuerzo, y me musitó al oído:

—Encuentra al pájaro. En el bucle. En el otro lado de la tumba del viejo. Tres de septiembre de 1940.

Asentí, pero él pudo darse cuenta de que no le comprendía. Con el último ápice de energía que le quedaba, añadió:

—Emerson... la carta. Cuéntales lo que sucedió, Yakob.

Dicho esto se dejó caer, agotado y apagándose. Le dije que le quería. Y entonces pareció desaparecer en sí mismo, con la mirada

alejándose despacio para posarse en el firmamento, repleto ahora de estrellas.

Al cabo de un momento Ricky salió como una exhalación de la maleza. Vio al anciano inerte en mis brazos y retrocedió un paso.

—¡Oh, tío! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío! —balbuceó, frotándose la cara con las manos, mientras decía cosas inconexas sobre encontrarle el pulso, llamar a la policía y si había visto algo en el bosque. Entonces me embargó la más extraña de las sensaciones.

Solté el cuerpo de mi abuelo y me puse en pie; cada terminación nerviosa hormigueaba con un instinto que no sabía que tuviera. Había algo en el bosque, ya lo creo... podía percibirlo.

No había luna y ningún movimiento en la maleza aparte de los nuestros, y a pesar de eso, de algún modo, yo supe justo cuándo alzar mi linterna y justo adónde apuntarla, y durante un instante en aquella estrecha franja de luz vi un rostro que parecía haber salido directamente de las pesadillas de mi infancia. Me devolvió la mirada con ojos que nadaban en líquida oscuridad, con profundas zanjas negras como el carbón de carne floja sobre su cuerpo encorvado, la boca abierta grotescamente de par en par de modo que una masa de lenguas largas parecidas a anguilas podían agitarse al exterior. Grité algo y entonces aquello se retorció y desapareció, sacudiendo los matorrales y atrayendo la atención de Ricky. Éste alzó su 22 y disparó, pampampampam, diciendo:

—¿Qué era eso? ¿Qué diablos era eso?

Pero no lo había visto y yo no podía hablar para contárselo; me había quedado petrificado, con la linterna que agonizaba parpadeando sobre el bosque vacío. Y entonces debí de perder el conocimiento, porque oí que él decía: «Jacob, Jake, eh Ed, ¿estás bien o qué?», y eso es lo último que recuerdo.

DOS

Pasé los meses que siguieron a la muerte de mi abuelo recorriendo un purgatorio de salas de espera beige y oficinas anónimas, analizado y entrevistado, convertido en tema de conversación cuando no podía oírles, asintiendo cuando me hablaban, repitiéndome, siendo objeto de un millar de miradas compasivas y entrecejos fruncidos. Mis padres me trataban como si fuera una reliquia frágil, temerosos de discutir o mostrarse inquietos en mi presencia, no fuera a hacerme añicos.

Me acosaban de tal manera las pesadillas que me despertaba pidiendo a gritos un protector bucal para impedir que rechinara los dientes hasta dejarlos convertidos en pequeñas protuberancias mientras dormía. No podía cerrar los ojos sin verla..., aquella cosa horrible con tentáculos en la boca. Estaba convencido de que había matado a mi abuelo y que pronto regresaría a por mí. En ocasiones, aquella nauseabunda sensación de pánico me inundaba como había hecho aquella noche y yo tenía la seguridad de que me acechaba a poca distancia, entre un grupito de árboles oscuros, más allá del coche siguiente en un aparcamiento o detrás del garaje donde guardaba la bicicleta.

La única solución que encontré fue dejar de salir de casa. Durante semanas rehusé aventurarme incluso al camino de acceso para

recoger el periódico de la mañana. Dormía entre una maraña de mantas en el suelo del lavadero, la única parte de la casa que no tenía ventanas y cuya puerta se cerraba desde dentro. Allí fue donde pasé el día del funeral de mi abuelo, sentado sobre la secadora con mi portátil, intentando ensimismarme en juegos online.

Me culpaba por lo sucedido. «Si al menos le hubiese creído», era mi continua cantinela. Pero no le había creído, ni yo ni nadie, y ahora yo sabía cómo debía de haberse sentido, porque tampoco nadie me creía a mí. Mi versión de los acontecimientos sonaba perfectamente racional hasta que me veía forzado a pronunciar las palabras en voz alta y entonces sonaba demencial, en especial el día que tuve que pronunciarlas ante el agente de policía que vino a casa. Le conté todo lo que había sucedido, incluso lo de la extraña criatura, mientras él permanecía sentado asintiendo en el otro lado de la mesa de la cocina, sin escribir nada en su cuaderno de espiral. Cuando terminé, todo lo que dijo fue: «Estupendo, gracias», y luego volvió la cabeza hacia mis padres y preguntó si me habían llevado «a ver a alguien». Como si yo no fuera a saber lo que eso significaba. Le dije que tenía otra declaración que hacer y entonces alcé el dedo medio y me fui.

Mis padres me gritaron por primera vez en semanas. En realidad fue una especie de alivio... aquel viejo y dulce sonido. Yo también les grité algunas cosas desagradables. Que si se alegraban de que el abuelo Portman hubiera muerto. Que si yo era el único que de verdad le había querido.

El poli y mis padres conversaron en la entrada durante un rato y luego el poli se fue en su coche para regresar al cabo de una hora con un hombre que se presentó a sí mismo como dibujante de retratos robot. Había traído un enorme cuaderno de dibujo y me

pidió que le describiera la criatura otra vez, y mientras yo lo hacía él improvisó un boceto, deteniéndose de vez en cuando para pedir aclaraciones.

—¿Cuántos ojos tenía?

—Dos.

—Ajá —repuso, como si los monstruos fueran algo que un dibujante de la policía dibujara todos los días.

Como intento de apaciguarme, fue de lo más patético. Lo que acabó de delatarlo fue cuando intentó darme el boceto finalizado.

—¿No lo necesitan para sus archivos o algo así? —le pregunté. Intercambió una mirada estupefacta con el policía.

—Desde luego. ¿En qué estaría yo pensando?

Fue insultante a más no poder.